

Capítulo 2 - - Salvar la escuela habría sido más sencillo como empleado de cafetería

La luz se filó a través de sus párpados, sacudiéndolo de su estado de somnolencia. Al abrir los ojos, fue recibido por la silueta de una mujer enmarcada por un brillo fluorescente. Con cabello castaño rojizo atado en una cola de caballo, una piel perfecta y ojos avellana, podría haber sido confundida con un ángel—si no fuera por la expresión severa grabada en su rostro. Eso y el hecho de que vestía un traje de negocios y sostenía una tableta en lugar de una toga y arpa tradicionales. Parpadeó unos instantes para acostumbrarse al cambio repentino mientras se incorporaba. "¿No tienen reguladores de intensidad estas luces?" Se quejaba, moviendo la vista del molesto brillo del techo. A medida que su visión se aclaraba, se le mostró una de las muchas salas de informes que la sede tenía para ofrecer. Parecía más una sala de conferencias que otra cosa: una gran mesa rodeada de sillas de oficina y una pantalla inactiva en un extremo. Las principales diferencias eran que el diseñador tenía dos colores favoritos, gris y blanco, y que la mesa era de un aleación metálica especialmente resistente. Por un momento, se preguntó cuántas habrían tenido que astillarse antes de decidirse por esa opción en particular. "Felicidades por otra misión exitosa, Callum." Lo saludó una mujer en sus veintitantos, su antigua responsable designada, llamada Olivia. Al menos así se lo habían dicho. Podía ser verdad, o una mentira. A Cal no le importaba demasiado. "¿En serio?" La miró con sorpresa. "Pensé que estarías enojada conmigo." Sus dedos firmes rodearon la tableta, y juraría haber oído crujir antes de que se recompusiera y sacara un suspiro contenido. "Habría sido preferible que evitaras que ocurriera el llamado," dijo con la misma voz monótona. "No obstante, los resultados pueden considerarse aceptables." La decepción se reflejaba en él; esperaba una discusión y se había preparado mentalmente para ella. Que ella se doblegara tan fácilmente... le dejó desinflado. "Dicho esto." Eso definitivamente fue un crujido, pensó. "Callum, ¿puedes explicarme exactamente qué es lo que llevas puesto?" "¿Esto?" Salto de su postura en la mesa para mostrar mejor su nueva túnica. "¿Te gusta? Bastante elegante, ¿no?" "Por favor," inquirió ella apretando los dientes. "¿De dónde lo conseguiste?" Era bastante afortunado que los empleados de la Federación tuvieran unos dientes excelentes. "No te preocupes," aseguró rápidamente. "El anterior dueño ya no lo necesita." "Eso no—" Ella se masajeó la frente con la mano libre. "¿Lo robaste de un cultista o no?" "¿El que encuentra se queda con ello?" respondió él con una sonrisa ladeada. Esa respuesta fue equivocada, porque ella golpeó la mesa con la palma, produciendo un anillo metálico. "No conozco esa ley," forzó a decir. "Cita la ley o— Entregue—. La—. Túnica. Es evidencia." Extendió la mano, sin esperar su réplica. "¡Kevin dijo

que estaba bien!" saltó él, avanzando unos pasos a su alcance. Ella no lo siguió, más confundida por sus palabras que otra cosa. "¿Quién?" "Ya sabes, Kevin, de unos ye altos." Levantó el brazo por encima de su cabeza. "Calvo, líder del equipo de limpieza que enviaste." Vio cuando sus ojos brillaron con reconocimiento, lo que le puso una expresión de enojo. "Esa no es su identificación." Regresó a su espacio personal, y le resultó molesto tener que mirar hacia arriba para verla. Era de estatura promedio; ella era simplemente muy alta. "Bueno, da igual," minimizó. "No es como si hubiera juicio o algo así." "¡Alguien murió en eso!" "¡Lo sé! Tuve cuidado de no ensuciarlo con sangre o mierda." "Mira, Callum," se detuvo, tocándose suavemente y colocando una mano en su hombro. "Si quieres algo, solo llena un formulario de solicitud." Ella apretó la mano y lo miró con firmeza. "Lo que NO puedes hacer es seguir tomando cosas de los cadáveres. ¡Es insalubre!" Se desarrolló una batalla de voluntades en la que ambos esperaban que el otro rompiera el contacto visual. El vencedor, aún no decidido, fue interrumpido por una tercera voz. "Vaya, vaya, veo que se llevan muy bien," dijo con cierto tono de diversión. "¡Señor!" Olivia gritó casi en pánico, apartándose rápidamente de Cal y haciendo una rápida salutación. Durante su discusión, la puerta se abrió deslizándose, y un hombre mayor con un traje marrón gastado y un bastón logró acercarse sigilosamente. Un logro bastante sorprendente para alguien que desconoce su historia. "No hace falta eso." El hombre levantó la mano en señal de rechazo a la salutación de Olivia. "Este viejo ya está retirado." "Qué bueno volver a verlo... Albert." Cal saludó con un dejo de culpa, que no pasó desapercibido para alguien que lo conocía tan bien. "Esa expresión no te queda, Cal," confortó la voz de Albert, la cual había echado mucho de menos en los últimos meses. "Necesitaba ese empujón adicional. Si no, mi esposa te da las gracias." Cal había intentado no arrepentirse de sus acciones pasadas; momentos como estos dificultaban esa idea. "Espero que no te moleste si tomo asiento; ha sido un día bastante intenso." Albert lentamente se sentó en una de las sillas de la oficina y volvió a dirigirse a Olivia. "El chico no ha sido demasiado difícil, ¿no?" Olivia, que permaneció atenta después de terminar su saludo, respondió. "No, señor." Sus palabras traicionaban la frustración que aún permanecía en sus ojos. "Ya veo," musitó Albert con tono sabio. "Intenta ser más amable con ella, Cal. Solo quiero lo mejor para mi sucesora." Cal observó a Olivia, que ahora se sonrojaba; trataba de adivinar cuánto de lo que Albert decía era la verdad. "Claro, lo que tú digas, viejo," respondió con escepticismo. "Ahora, vengo para discutir tu próxima misión." Asintió hacia la estatua viviente. "Olivia, querida, ¿le has informado al chico?" Su rubor se intensificó, ya fuera por vergüenza o por otra cosa, Cal no lo sabía. "No, señor," respondió con timidez, "estábamos debriefing de su última misión." ¿Una misión nueva? ¿Tan rápido? Eso no era lo habitual; acostumbraba tener unas semanas entre asignaciones. Aunque, en realidad, eso dependía menos de sus habilidades y más de con quién estaban vinculado. Al ver su expresión desconcertada, Albert añadió: "No es tu tarea habitual, aunque creo que será mejor que leas el informe primero." Junto con su visita inesperada, las palabras de Albert parecieron bastante ominosas. "Mientras no sea otra cacería de demonios, no debería ser un problema. ¿Puedo verlo?" preguntó, notando que Olivia empezaba a comportarse de forma extraña. Bueno, más extraña que antes. Moverse de un pie a otro con los brazos escondidos a su lado parecía un signo de incomodidad. Sonrió con suficiencia. "Solo déjame leer para poder hacer algunas preguntas," pidió mientras extendía la mano. Albert también lo notó. "¿Algo pasa?" preguntó con tono de fingido desconcierto. "No... Perdón, señor. Creo que extravié mi tableta." Su boca se movió demasiado rápido. "Perdón, voy a buscarla." La mentira fue inútil, pues la tableta rota quedó visible en cuanto se dio la vuelta y salió corriendo. La sala quedó en silencio un momento, hasta que ambos ocupantes, en un ataque de risas infantiles, estallaron en carcajadas. "Creo que nunca había logrado ponerla tan nerviosa," comentó Cal, recuperándose. "Esa se toma en serio las cosas." Albert terminó su risa y aclaró la garganta. "Aún así, dije lo que pensé. Ella era la mejor candidata y

tenía una carrera prometedora en operaciones especiales antes de que la eligiera." ¿¿Ella?? ¿Operaciones especiales? Cal buscó en su memoria intentando entender cómo alguien como Olivia podía tener ese tipo de trabajo de alto riesgo. No lograba entenderlo completamente, pero confiaba en Albert, lo que le llevaba a preguntarse por qué alguien así sería su responsable. "Ha relajado un poco desde que la asignaron," reconoció Cal. "Me gustaría que volvieras tú." "Eso siempre fue solo una solución provisional," suspiró Albert, cerrando los ojos. "Nació más por necesidad que por otra cosa. La selección de candidatos fue un proceso en curso, aunque acelerado por las circunstancias." Cal tomó asiento frente a Albert. "¿Por qué necesito uno entonces?" Se apoyó en la mesa. "Eso ya lo estabas esperando." Albert golpeó con su bastón el suelo varias veces. "El programa tiene raíces en uno de los traumas profundos de la Federación: el miedo a que un solo individuo imponga su voluntad a todos." Cal levantó la mano, indicándole que continuara. Sabía de qué hablaba. "Niños, sin respeto por sus mayores." Albert sacó un pañuelo, aclaró su garganta y prosiguió. "¿Has estado alguna vez en un zoológico?" Miró con ojos entrecerrados. "Eso es una pregunta retórica, ¿verdad?" "Solías escaparte, ¿no?" señaló Cal. "Verás, hay una práctica interesante en los zoológicos para mantener a las especies peligrosas controladas: las emparejan con un perro común, de esas cosas." Albert se disculpó con un gesto. "Los perros, por supuesto, están acostumbrados a los humanos y pueden manejar muchas situaciones. Lo que no puede decirse de la bestia emparejada con ellos. Estas bestias, que por sí solas serían capaces de atacar a todos, forman vínculos con el perro y siguen su ejemplo, por así decirlo. Si el perro está calmado, la bestia sabe que todo está bien." Esa era una forma interesante de explicarlo. "Entonces, ¿los responsables son perros?" "No." La mirada de Albert se abrió de golpe. "Una analogía imperfecta, perdón." Su tono fue urgente, sorprendiendo a Cal. "¿Entiendes mi punto, no?" Guardó silencio y respondió de forma sencilla. "Soy el animal salvaje." "Como dije, la analogía fue de mal gusto." Albert negó con la cabeza. "Y sería mejor que no la repitieras." Miró alrededor con nerviosismo, como si esperara que alguna pared se derrumbara en cualquier momento. "En términos sencillos, quienes poseen gran poder a menudo se dejan envolver en él, creyendo que son más grandes de lo que realmente son. Los responsables deben mantenerlos humanos." Un amigo del Estado, en definitiva. Oh, qué divertido sería que ella fuera más amigable si esa fuera la idea. "Entonces, ¿por qué todos los demás no tienen uno?" Cal murmuró. "No por falta de esfuerzo. Sabes lo difícil que puede ser tu raza." Sentía que Albert retenía algo. La discusión debía detenerse allí, pues la puerta volvió a abrirse, y Olivia volvió con la tableta en mano. "Disculpa la demora," dijo con rostro serio, pese a su apariencia desaliñada. "Aquí tienes los detalles de tu próxima misión, aunque debo advertirte. El informe es más breve de lo habitual. Debido a la naturaleza de la tarea, la mayor parte de los detalles se comunicarán verbalmente." Vaya, qué rápida había sido esa respuesta. Eso no solía pasar tan seguido. Cal se preguntó qué soldado tendría que reportar a su comandante que una loca le había arrancado la tableta de las manos. Rezó por el soldado imaginario, tomó la tableta y hojeó el informe, hasta que se detuvo. Procesó lo que había leído y se negó a creerlo. Lo leyó por segunda vez. Por tercera. Al cuarto intento, fue interrumpido por Albert, que golpeaba con su bastón el escritorio. "¿Algo pasa, Cal?" preguntó con una pequeña sonrisa. ¿Algo pasaba? Sí, muchas cosas; más de lo que podía expresar en palabras. Y entonces lo tuvo claro. "Está bien, está bien, me han pillado," aplaudió con sarcasmo. "Honestamente, Olivia, no pensé que pudieras hacerlo. Felicitaciones por jugarla, pero espero que te des cuenta de que ahora tengo que devolverte el favor." Y entonces rió a carcajadas. Rió y rió, hasta que se dio cuenta de que nadie más acompañaba su risa. "¿Esto es una broma, verdad?" preguntó con ojos suplicantes. "Esto es en serio—" "No, esta vez—" dos voces se sobrepusieron, una claramente mortificada y la otra divertida. "Me olvido de mí mismo; adelante." Albert hizo una inclinación superficial, aún sentado. Olivia parecía esperar a que su piel volviera a

su tono normal para continuar. "Esta misión es de suma importancia para el futuro de la Federación. El Imperio ha detectado una posible gran invocación demoníaca y nos ha pedido ayuda—." "Espera," interrumpió Olivia con cejas fruncidas. "Primero, no soy buena en historia." Mentira; conocía bastante de historia. "¿Pero no odiamos a esos tipos? ¿No hemos peleado muchas guerras y violado derechos humanos, en plan odio?" Su vecino del norte era un poco expansionista, no contento con solo controlar la mitad del lado oeste del continente. "Tradicionalmente sí, pero eso solo resalta la importancia de esta misión. Un resultado exitoso," hizo una pausa, "con daño colateral limitado, ayudará a mejorar relaciones." Él no era tan mal. Honestamente. "¿Y no nos preocupa que esto sea una trampa? Porque desde donde estoy huele a trampa." Cal agitó la mano frente a la nariz. "Somos soldados; nuestro deber es seguir órdenes, pase lo que pase," respondió ella con firmeza. "Dicho esto, también expresé esas dudas, y se me aseguró que esta acción ha sido avalada por los niveles más altos. No tengo detalles, pero sé que miembros de la familia real del Imperio participaron. No estarían dispuestos a ensuciar su honor." Al parecer, la respuesta la satisfizo. Ella continuó con la explicación. "El Imperio nos ha pedido ayuda para impedir el evento. Tu misión será infiltrarte en la Academia Imperial y evitar la invocación de manera discreta y oportuna." Hizo una pausa, notando que Cal levantaba la mano. "Veo que te estás entusiasmando," comentó Albert desde un lado, lo que le valió una mirada extraña de Cal. "Sí, Calum." Olivia aceptó con rencor. "¿¿Quién es el idiota que decidió que mi nombre encajara en algo relacionado con esto!?" Sus palabras eran un lamento, pero calmándose añadió: "Solo dime quién fue, para hablar con él y dejar esto atrás." Olivia infló el pecho y afirmó con cierto orgullo. "La propia Junta ha elegido que seas tú." "De acuerdo," notó que ella empezaba a asentir. "Dile a la Junta que vaya a la mierda." Su cabeza quedó paralizada en medio del movimiento, sin entender sus palabras. "Yo—tú. Recibir una misión de semejante calibre, ¡y encima de la Junta—, eso es el mayor honor que podemos aspirar los soldados." Su puño apretado a su lado, imaginó que desearía tenerlos a su alrededor, quizás en su cuello. "Dado el estado actual de relaciones, no podemos actuar abiertamente juntos, para no ofender a nuestras poblaciones o vecinos. Por eso, la Junta consideró mejor enviar unos pocos agentes con habilidades específicas para resolver la situación rápidamente y en silencio." "Alguien se tomó la droga," burló Cal, haciendo círculos en su oreja. Olivia no respondió, atrapada entre la indignación y la confusión. "Y además, dime, ¿cuál es la 29ª enmienda de nuestra noble Federación?" Se levantó y empezó a pasear. Aún sin estar recuperado, Olivia respondió por instinto. "¿La 29ª? Eso es la—..." Su voz se detuvo al entender la cuestión. "Déjame terminar," dijo Cal, deteniéndose y apoyando los brazos en una silla como si fuera un podio improvisado. "Es la enmienda que prohíbe el uso de niños soldados en toda la Federación. Y ahora dime, ¿cuál es la edad de mayoría en términos legales?" La mayoría era a los 18 años, igual que en la mayoría de países. No esperó respuesta. "Mayor que yo, por eso, no cuentes conmigo en el 'nosotros' de soldado." La dejó digiriendo esa idea, mientras reflexionaba sobre su situación. Técnicamente, probablemente ya era mayor en edad física. Según la Federación, aún era menor de edad por unas semanas más. Porque, en teoría, era menor de edad, no podía estar oficialmente empleado por la Federación. Existía algo parecido a un contratista o dependiente. Había intentado entender qué era exactamente, pero se le revolvían las ideas. La 'idea' era que podía, en teoría, rechazar cualquier orden. También, legalmente, quizás ni siquiera era una persona. Era complicado. Olivia se recompuso y levantó la barbilla, pasando a la ofensiva. "Eso puede ser, pero dado el estatus de tu madre como memb..." Sus palabras murieron en su garganta. ¿¿Madre?? Aún no podía creer que alguien usara esas palabras para describir a Ella. Aunque admitía que en parte era su culpa. Su pensamiento quedó distraído cuando se encontró sujetando una vara negra. Un bastón. "¿Estás de regreso con nosotros?" preguntó Albert, retractándose de su bastón al asentir Cal. "Bien, no olvides, por favor, respirar," le dijo atento a Olivia, quien parecía paralizada. Eso...

pudo haber sido un error. Normalmente controlaba su poder con disciplina; esta era la primera vez que lo perdía en su presencia. "Perdón..." murmuró, viendo cómo su respiración volvía a la normalidad. "Lo que quería decir es que no estoy entrenado para esto. No estoy entrenado en absoluto. Solo exploto cosas donde me dicen. No es algo que quieras cerca de niños." Su voz bajó, aunque cierta frustración escapó. Ella parpadeó, con cara de desorientación. Miró en su dirección, pero no logró encontrarse con su mirada, desviándose hacia Albert. No estaba seguro de qué pensaba de él, pero una cosa sí podía afirmar: no era alguna especie de espía súper entrenada. Era un martillo, y este trabajo requería un bistorí. "Entonces, qué suerte que logré convencer a la Junta de asignarme más recursos antes de unirme," intervino Albert, intentando darle espacio a Olivia. "Aún no tenemos todos los detalles, pero me prometieron un equipo adicional encargado de detener la invocación." "Entonces, ¿para qué enviarme si no puedo hacer nada más que investigar?" preguntó, con evidente incredulidad. "Porque tu perspectiva única en la academia puede ser clave," respondió Albert. Eso hizo que su mundo se volteara, al menos así sintió su estómago. "¿Estás bromeando, verdad? ¡Pensé que iría como profesor o personal!" Eso fue suficiente para descolocar a Olivia, quien los miró a ambos. "¿¿No podemos hacer algún truco para aparentar unos años más?? Tenemos Mask. En realidad, ¡pueden enviarlos! Son perfectos para esto." La incredulidad en su voz era evidente. "La duración de la misión no permite su participación; sus talentos son necesarios en otros lugares. Aunque podemos alterar tu apariencia, los profesores en el imperio son figuras muy conocidas. No podríamos infiltrarte en ese rol." Albert negó con pesar, haciendo un gesto fingido de tristeza. "En cuanto a un miembro de staff, podré sugerirlo si me das tu palabra de que cumplirás con la tarea satisfactoriamente. Pero debes recordar que los puestos en los que podrías encajar serían en la base de la jerarquía." ¿Trabajo de soldado raso? Solo una opción. "¿Puedo decirle a mi jefe que se vaya a la mierda?" "Lamentablemente, esta operación es de conocimiento restringido, así que no creo." La expresión en sus ojos indicaba que no le parecía para nada mal esa idea. Algo en toda esta historia parecía manipulado. "Disculpe, señor," intervino Olivia, dirigiéndose a Albert. "Dado su nivel de entrenamiento, empiezo a cuestionar esta asignación." Eso sorprendió a Cal. ¿Era sincero o aún estaba afectada por lo ocurrido? No fue consciente de su expresión, y ella agregó con gravedad: "Un soldado debe tener las herramientas para triunfar." Un silencio incómodo se apoderó del grupo hasta que Albert rompió el silencio. "Perdón por la interrupción, pero quisiera pedir un momento a solas con mi antiguo protegido." "Sí," aceptó Olivia sin dudar. "Creo que necesito aire." Sus pasos fueron mecánicos y firmes al abandonar la sala. Cal esperó a que la puerta se cerrara antes de hablar. "Esto huele mal." "Reconozco que hay algo más que no se muestra a simple vista," dijo cansado el anciano. "¿Entonces, qué está ocurriendo en realidad?" preguntó Cal desde su asiento. "Creo que ya tienes una idea de la verdad. Tus acciones han tenido muchas repercusiones." La cara de Cal evidenció disgusto. "No me miren así; ya dije que estoy contento con mi destino." Se esforzó en dejar esas emociones de lado. "Resúmelo para mí: ¿esto es para mantenerme ocupado y lejos del país?" "Depende de quién preguntes; la Junta no tiene una opinión unificada." Albert buscó en su bolsillo y se detuvo con una expresión pensativa. "Hay quienes esperan que ocurra alguna de tus incidentes en la academia." Eso lo sorprendió. "¿Están locos? ¡Sería una guerra si algo así pasara!" "La política de no fumar en el campus es una broma que ya no tiene sentido," gruñó Albert. "Pero sí, sería guerra. Los intentos diplomáticos los condujeron miembros del gabinete; simplemente transmitieron su voluntad a la Junta para que la ejecute." "¿Y qué jefe militar quiere la paz?" La pieza encajó en la mente de Cal. "Especialmente los que podrían ser reemplazados pronto. Así que, intentan usarme para sabotear. Y en una escuela, además." "Se ha mencionado que eliminar el futuro del Imperio," añadió. Malditos bastardos. ¿Por qué no se iban en silencio? "Entonces, me decepcionarán. No soy de lamerme las heridas," dijo con dureza. "Lo sé, y

como dije, no desprecio tus decisiones. Pero para quienes no lo saben, pinta un cuadro terrible. Aun así, como mencioné, la Junta está dividida. Algunos piensan que esa socialización puede calmar tus... extremos." Cal se rió con desdén. "Tendría que estar completamente desequilibrado para que eso pase." "Quieren que aprendas a comportarte, pero no en una escuela de la Federación." "Todavía no están listos para ese riesgo," replicó Albert con una sonrisa suave. "Entonces, exilio," dijo Cal con tono sombrío. Esa palabra le apretó el corazón. No sentía esa misma patriotismo que Olivia, pero la Federación había sido su hogar los últimos siete años. "No seas tan dramático," se burló Albert. "Es solo una asignación temporal, y a largo plazo, sólo una especie de vacaciones." "¿Vacaciones con demonios de por medio?" preguntó Cal, sonriendo ligeramente. Albert respondió con su propio gesto. "¿Por qué actuar como si eso no fuera preferible a lo otro? Además, quizás las cosas sean diferentes cuando regreses." Compartieron un breve momento de descanso, hasta que la sonrisa de Cal se desvaneció. "¿Realmente tengo opción?" "Tú mejor que yo lo sabes." Albert se estiró, con el espalda crujiente. "Creo que un tiempo lejos te vendrá bien." Valía bastante. "Entonces, me voy. Cuídate mucho." Albert se levantó y se dirigió a la puerta, con su bastón haciendo ruido en cada paso. "Espera, una última cosa." Albert se detuvo y se volvió con expresión curiosa. La mirada de Cal se dirigió hacia la puerta por donde Olivia se había ido. "¿Cuánto sabe ella?" "Menos de lo que debería," respondió con un suspiro que solo alguien de su edad podía emitir. "Puedes aclararlo si quieres." No estaba preparado para esa conversación. Albert se quedó en la puerta, haciendo una pausa. "¿Dónde se ha ido mi memoria estos días?" Le dio una palmada en la frente. "Olvidé mencionar la otra opinión de la Junta. Esperan que un país con un pasado tan glorioso pueda tener los medios para triunfar donde otros fracasaron." Miró atrás por última vez, y Cal sintió un frío recorrer su espalda. "No dejes que se engañen." La puerta se cerró tras él, dejando a Cal solo. Entonces, ¿querían que el Imperio hiciera su trabajo sucio por ellos? Buena suerte.

Revisión #1

Creado 4 septiembre 2026 07:55:40 por Hannah Baker

Actualizado 4 septiembre 2026 07:55:40 por Hannah Baker